

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN PASTORAL
GAUDIUM ET SPES
SOBRE EL MUNDO ACTUAL

CUADERNO 25



CUADERNO 25
LA IGLESIA EN EL MUNDO ACTUAL
(GS 1-3)

GIOVANNI CESARE PAGAZZI

I. LLENA ESTÁ LA TIERRA DE SU GLORIA

1. El templo y el mundo

Se encuentra dentro del templo de Jerusalén. Tal vez sea sacerdote, y por ello tiene acceso a la parte más exclusiva y reservada de la casa del Señor. Isaías está en Tierra Santa, en la ciudad más sagrada de Tierra Santa, en el lugar más sagrado de la Ciudad Santa —el templo, para ser exactos— y en la parte más sagrada del templo. En resumen: en el lugar más sagrado del mundo. Justo ahí (¿dónde si no?) el profeta ve a Dios: sentado en un alto trono, envuelto en un manto suntuoso, rodeado de serafines, ángeles incandescentes de rasgos maravillosos. La sala está colmada de incienso; la presencia divina es tan poderosa que los postes de la puerta tiemblan, como si se produjera un terremoto. Embelesado por la visión, Isaías oye cantar al coro de serafines: «¡Santo, santo, santo el Señor del universo!». En resumen: ¡aquí todo es tan sagrado que es imposible serlo más! Los ángeles siguen cantando: «Llena está la tierra de su gloria» (Is 6,3). ¿Pero cómo puede ser? ¿No es el templo el lugar más sagrado del mundo y, por tanto, el único habilitado para encontrarse con Dios? Para las Sagradas Escrituras, la «gloria de Dios» indica su manifestación y su presencia. Así, al afirmar que la tierra entera está llena de la gloria de Dios, los serafines declaran que él se encuentra y actúa en todos los rincones del mundo. No existe lugar, tiempo, o criatura (cosas, árboles, animales, hombres y mujeres, galaxias, átomos, formas, fuerzas, países, ciudades, estaciones, épocas, culturas...) donde no

vibre algo de la poderosa y atenta presencia de Dios, donde no pueda hallarse. El salmo 19 afirma incluso que el cielo, sereno o nublado, «proclama la gloria de Dios» (Sal 19,2).

Pero si Dios está en el cielo, en la tierra y en todas partes, ¿para qué sirve el templo, su distinción, su diferencia específica de todo lo demás? Exactamente para anunciar y recordar a todos la presencia de Dios en todas partes ¡incluso en los días laborales! De hecho, precisamente por su presencia incesante y universal, el Creador es olvidado. Como ocurre con el aire: como está en todas partes y siempre disponible, lo respiramos sin darnos cuenta, nos olvidamos de él, dándolo por sentado. Como ocurre con la vida: como vivimos, nos olvidamos de que estamos vivos, considerándolo algo obvio, trivial, que no merece atención ni gratitud. El Señor no es olvidado por su ausencia, al contrario: su presencia incesante en la creación lo sitúa fuera de nuestro campo de visión, como el que «sin figura, sin belleza, lo vimos sin aspecto atrayente» (Is 53,2). Sin embargo, igual que al aire, o a la vida, lo podemos olvidar sin perderlo, sigue siéndonos fiel.

He aquí: la respetabilidad y la responsabilidad del lugar santo, su tarea, su orgullo, consiste en anunciar que «llena está la tierra de su gloria». Ciertamente, el templo es un espacio diferente y único: solo allí Dios se revela de manera suntuosa y evidente. No obstante, la exclusividad del templo no excluye, sino que incluye a todo el universo. En esto consiste su santidad. Solo en el templo aparece Dios, pero —al mostrarse allí— revela que está en todas partes, siempre. Cuando, por el contrario, el reconocimiento de la santidad del templo se convierte en la excusa para apartarlo del mundo, como si el mundo fuera un lugar sin Dios, el Señor ya no es el huésped, sino el prisionero del templo; no es acogido, sino apresado. ¡Obvio que Dios no está ahí! Es demasiado grande y está demasiado vivo para encerrarlo en una jaula dorada. Esta fue la advertencia dirigida a Israel por el profeta Jeremías, unos quinientos años antes del nacimiento de Jesús. De hecho, creyendo que el Señor habitaba exclusivamente en el templo, muchos consideraban el resto del mundo un entorno profano e indiferente, donde incluso era oportuno practicar la injusticia y la prevaricación. En el templo se observaba la ley de Dios; fuera, la del más fuerte: se ofendía a extranjeros, huérfanos, viudas, se derrama-

ba sangre inocente; se robaba, se mataba, ni se era fiel ni de fiar (Jer 7,1-10). Las palabras de Jeremías son muy duras: si se sigue deshonrando la misión del templo —proclamar y recordar que a Dios se le encuentra cada día y en cada lugar—, el Señor está dispuesto a destruir su propio templo (Jer 7,11-15).

2. **Partiendo del aprecio de Dios**

La Iglesia es el pueblo que cree que Jesús es el Hijo de Dios Padre, que se convirtió en nuestro hermano y salvador. Él es la salud de los enfermos, el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos, la resurrección de los muertos, la promesa segura de una próxima vida. Él es el santo de los santos. Nadie es como él. ¿Quién podría imaginarse una suerte tan grande? El gesto más santo de la vida de la Iglesia es la celebración de la eucaristía, su fuente y su cima. Tras la proclamación de la Palabra de Dios, se entra en el momento más íntimo, reservado y exclusivo de la misa: la invocación del Espíritu Santo, para que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y la sangre del Señor. De este modo, la Iglesia está en condiciones de realizar lo que la distingue, lo que la hace única, insustituible, distinta de las demás: anunciar la muerte del Señor, proclamar su resurrección, esperar su regreso. Solamente los cristianos pueden celebrar la eucaristía, con gestos, cantos, oraciones, ceremonias que pertenecen exclusivamente a ellos; suele celebrarse en un lugar especial, distinto a cualquier otro. Sin embargo, en el momento más exclusivo de la misa, resuena el mismo canto de los cinco serafines que se aparecieron a Isaías: «¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!». Al encontrar a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo de una manera única, reservada solo a ellos, los cristianos confiesan que el mundo entero está lleno de su gloria y se comprometen a reconocerlo y honrarlo desde el amanecer hasta el anochecer, de Oriente a Occidente. Si vieran a la Trinidad únicamente en la Iglesia, ofenderían su grandeza y su presencia fiel e incesante en todas las cosas, en todas partes, en todo momento; en definitiva: en el mundo.

Al fin y al cabo, Cristo, presente en la eucaristía, es el mismo que, durante los días de su vida terrenal, reveló la bondad y

la competencia del Padre señalando animales y flores, dignos de ser «observados» por los discípulos (Mt 6,25-34). Vio la reverberación de Dios en la semilla que cae en la tierra (Mt 13,3-9), en el viento (Jn 3,8), en el sol y la lluvia (Mt 5,45), en la levadura que fermenta la masa (Mt 13,33), en el trabajo agrícola (Mt 13,24-30), en la pesca y la ganadería (Mt 13,47-50; Lc 15,4-7), en la construcción (Mc 12,10-11), en la belleza extenuante de la vida conyugal (Jn 2,1-12), en el vínculo entre padres e hijos y entre hermanos (Lc 15,11-32), en la vida doméstica y de vecindad (Lc 15,8-10; 11,5-8), en el campo y en la ciudad (Lc 19,11-27), en la economía y en el mercado (Mt 13,44-46), en la política (Lc 14,31-32), en el hambriento, en el sediento, en el extranjero, en el enfermo, en el prisionero —no solo el prisionero inocente, sino en todos los prisioneros (Mt 25,31-46)—, incluso en el enemigo (Lc 6,27-35). En resumen, el Hijo de Dios en la tierra estaba tan unido al mundo que intuía, en cualquier faceta suya, laboral o festiva, la obra discreta y eficaz del Padre. Cristo percibe al Padre tan presente y activo en el mundo que se siente en casa en la tierra. No tiene donde reclinar la cabeza (a diferencia de los zorros y los pájaros que poseen guaridas y nidos) no por falta de hogar, sino por exceso; no por austeridad, sino por riqueza sobreabundante. De hecho, se siente en casa en cualquier parte del mundo, incluso en sus facetas más oscuras y difíciles, hasta el punto de que descansa tranquilamente —como si estuviera en casa— incluso en una situación mortal, como la tempestad en el mar de Tiberíades (Mt 8,18-27).

Al describir el «reino de los cielos», es decir, a Dios actuando en el mundo y en la historia, dado que el significado de esta expresión es similar al de «gloria», Cristo dice: «El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra» (Mt 13,45-46). Jesús revela que Dios, ante el mundo, actúa como un joyero, experto en piedras de valor, en busca de perlas y gemas. Ya este detalle dice mucho: la primera actitud de Dios es la búsqueda de cosas bellas. Es bien sabido que nadie se pondría a buscar sin la esperanza de encontrar. La esperanza es la fuerza íntima y poderosa de Dios. Desde el inicio, Dios encontró cosas buenas: «Vio Dios lo que había hecho, y he

aquí que era muy bueno» (Gen 1,31). El adjetivo hebreo que significa «bueno» también significa «bello». Pero entonces vino la ruina y la fealdad de la injusticia y la culpa y «el Señor se arrepintió» (Gen 6,6) de haber creado. Si bien, en ese montón de fealdad y maldad logró encontrar (quién sabe con cuánto cuidado y esperanza buscó) al único hombre justo: Noé. Aquel hombre era tan valioso a sus ojos, como «una perla de gran valor», que decidió no dejarlo escapar. Y el mundo se salvó. Desde entonces, Dios busca perlas. Y es capaz de encontrarlas donde nadie las buscaría, hasta el punto de descubrir tesoros escondidos incluso en la tierra (Mt 13,44), en un entorno ciertamente fértil, pero también sucio y mugriento. La tierra alimenta, pero ensucia; es una mezcla de polvo, de estiércol y de quién sabe cuántos seres vivos, ahora muertos y descompuestos. Dios no teme hurgar incluso en este lugar inmundo y repulsivo para descubrir tesoros y perlas preciosas. Normalmente se buscan en el mar o en las joyerías; pero él incluso los busca en la tierra, en aquello que «no tiene belleza», «no atrae», «en aquello que oculta su rostro» y es «indigno de aprecio» (Is 53,2-3). El aprecio es precisamente el rasgo señorial y hospitalario de Dios. El aprecio es la capacidad de captar un valor por el que merece la pena pagar un precio.

Entre las cosas incomprensiblemente bellas de Dios, un aspecto sobrecogedor es su aprecio por el mundo. No lo colma de beneficios como un rico ayudaría a un pobre, sino que actúa como un entendido en arte, dispuesto a pagar un precio muy alto, de hecho, el más alto, para no dejar escapar lo que considera una obra maestra, a pesar de que a los ojos de muchos no es más que una basura. La belleza reside en que Dios busca perlas, tesoros y obras maestras, incluso en lo que parece un vertedero. Dios busca persistentemente la perla incluso en el injusto, en mi enemigo, incluso en mí. Y pide a cada uno que haga lo mismo: ¡el mundo está lleno de perlas, lleno de su gloria! ¡Búscala! Amar como Dios, en primer lugar, no significa dar, perdonar, servir, ayudar. Amar como Dios significa ante todo apreciar. Darse cuenta de que en cada uno (incluso en aquellos que se parecen a la tierra que ensucian) hay algo apreciable y, por lo tanto, merecedor del precio de mi don, de mi perdón, de mi servicio, de mi ayuda. Si no nacen del aprecio, incluso estas magníficas acciones pueden

disfrazarse de armas, o de gestos que ofenden. Jesús, el Hijo unigénito, era todo lo que el Padre tenía. Aun así, no lo salvó para no dejar escapar nada ni nadie de sus manos, insistiendo en rebuscar incluso en el suelo y en los vertederos, convencido de que son yacimientos, porque también allí habita su gloria.

En este punto surge una pregunta: ¿es posible amar a un Dios así, sin amar al mundo, a este mundo sagrado y sucio, magnífico e injusto, orgulloso y desesperado, abyecto y milagroso? El Concilio Vaticano II, sobre todo gracias a la constitución *Gaudium et spes*, responde alto y claro: «¡No!».

II. «EL GOZO Y LA ESPERANZA, LA TRISTEZA Y LA ANGUSTIA DE LOS HOMBRES DE NUESTRO TIEMPO»

Así comienza la *Gaudium et spes*, partiendo de las emociones. No solo los cristianos, sino también las mujeres y los hombres de todo el mundo viven de las emociones y gracias a las emociones. No hay gesto humano que no encuentre en el sentimiento, tanto sereno como oscuro, el impulso inicial y la energía que lo sustenta. Toda la tierra vibra con la fuerza de los sentimientos, brillantes y apagados, como si fuera un solo corazón. Y si «llena está la tierra de su gloria», indudablemente también lo están las emociones. De ello está seguro el libro de los salmos, que custodiaba toda la escala de emociones que se convierten en voces y palabras humanas dirigidas a Dios; voz y Palabra de Dios dirigidas a los corazones y a las mentes. El libro de los salmos afirma que lo que une a la familia humana es capaz de expresar la relación específica, reservada y única entre el Dios de Israel, su pueblo y el individuo creyente. El comienzo de la *Gaudium et spes* se hace eco de la misma convicción, subrayando el estrecho parentesco que une a todo ser humano y a los «discípulos de Cristo»: en el gozo, la esperanza, la tristeza y la angustia de todo corazón (incluso del más perverso) vibra la gloria de Cristo. No hay emoción que no lleve la huella de Cristo, pues todo fue creado por él y en vista de él (Col 1,15-20). He aquí la perla que hay que buscar, incluso en la emoción más siniestro. ¡El que busca, encuentra!

La *Gaudium et spes* se ocupa de las emociones católicas. ¿Qué significa? «católico» proviene de una expresión griega que puede traducirse como «tener en cuenta el todo». Al ocuparse «católicamente» de las emociones, toda la Iglesia y cada fiel sienten pasión por todo el mundo emocional y no solo por un hemisferio de él (el de la alegría o, a la inversa, el de la tristeza), ya que en todas sus latitudes y longitudes vibra la «gloria» de Dios. En efecto, hay una «herejía emocional» a la que todos están expuestos, creyentes y no creyentes: considerar digna del hombre y digna de Dios únicamente una región del terreno de las emociones, o la de la alegría, o la de la tristeza... según los gustos. Si la alegría acallara la voz del dolor cercano y lejano (y la propia), tan solo sería una euforia entusiasta y de corto aliento; no curaría las heridas, sino que las cubriría y, al hacerlo, las infectaría. Si, por el contrario, el dolor diera un portazo en las narices a la esperanza, se convertiría en una excusa para evitar el riesgo, para evitar el valor que conlleva invertir de nuevo en la vida, aunque haya decepciones. El dolor se convierte en excusa para despreciar el pan cotidiano del consuelo, aquel que el Señor no deja que falte ni en la jornada más dura. El Señor nunca prometió un banquete de bodas diario, pero de pan sí. La gloria del Señor llena tanto las alegrías como las penas; evitar una u otra expone a uno al riesgo de no encontrarse ni con Dios ni con sus hijos e hijas. No en vano el salmo 19 afirma que la gloria de Dios y su mensaje se transmiten día a día, noche a noche. No solo los días luminosos del corazón, sino también sus noches oscuras muestran el mensaje de Dios (Sal 19,3).

1. **La alegría que es esperanza**

La primera emoción de la que habla la *Gaudium et spes*, y en la que insiste el papa Francisco desde el principio de su servicio a la Iglesia universal, es la alegría. La alegría es como la vida: necesaria e indefinible. Es una constelación de muchas experiencias, pero ninguna de ellas la agota. No hay alegría sin placer; sin embargo, no todos los placeres aportan alegría, de hecho, algunos traen consigo tristeza. No solo eso, la alegría es

tan misteriosa que está presente incluso en quienes la vida pone a dura prueba. La alegría es una voz de júbilo; no obstante, en algunos casos, también es el maquillaje favorito para enmascarar la melancolía y puede tener como combustible el abatimiento. Algunas veces, la alegría tiene motivos perfectamente reconocibles, es la consecuencia de elecciones y decisiones costosas; en otras, aparece totalmente inmotivada, procedente de quién sabe dónde. Al acercar la alegría a la esperanza, el Concilio hace de esta última el sinónimo y la definición de la primera. La alegría es esperanza. La alegría es imposible sin esperanza, que es el agua que permanece en el fondo del pozo incluso en la sequía. La esperanza es la estima hacia uno mismo, hacia los demás, hacia las cosas, hacia el mundo, hacia la historia; es la estima que nunca falla, por la certeza de que siempre hay algo apreciable y digno de ser considerado, incluso en el enemigo, también en el dolor. Por eso, paradójicamente, se puede sentir alegría hasta en el sufrimiento, porque incluso ahí hay un sabor que degustar. La esperanza rehúye la euforia y la melancolía; no va ni con el entusiasmo ni con la pereza. Infunde valor, hace que uno acepte el riesgo, porque siempre presagia el éxito. La esperanza nos levanta de la cama por la mañana, incluso cuando estamos seguros de que nos espera un día agotador y amargo. También por esta esperanza que une a toda la familia humana, las mujeres y los hombres están hechos a imagen y semejanza de Dios. En efecto, la esperanza es su fuerza, su vigor, su poder. Él estima a cada hombre, a cada mujer, a cada época del mundo; percibe «algo» honorable y prometedor incluso en lo que consideramos irremediabilmente perdido. La esperanza cotidiana y universal, sin la cual es imposible comenzar (o recomenzar) una jornada, un trabajo, un vínculo, es como el alfabeto y la profecía de la esperanza, derramada por el Espíritu de Cristo en el corazón de los bautizados, a causa del perdón de los pecados y de la resurrección de los muertos. Gracias al Salvador del mundo, ni el pecado más grave ni la muerte son palabras definitivas sobre nuestra existencia y la de los demás. Cristo puede devolver la inocencia a los malvados, y después de la muerte, en su momento, restaurará (algo inimaginable e inesperado) nuestros cuerpos y los cuerpos de nuestros seres queridos.

Cerca de una aldea llamada Naín, Cristo se encuentra con un cortejo fúnebre: el único hijo de una mujer que enviudó hace tiempo es llevado a la tumba. Una escena desgarradora, dolorosa y enfermiza. La muerte sella el abandono de este niño huérfano de padre, de esta mujer privada de su marido y de su hijo. Para las Sagradas Escrituras, el huérfano y la viuda son el emblema del abandonado. Jesús no rehúye a la mujer, sino que la «ve» y siente «gran compasión» por ella. La emoción del Señor no resuena solo por su bondad, sino porque en él vibra también el acorde del abandono, sentido en su propia piel: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34; cf. Sal 22,2). Empatiza con esta abandonada. Dirigiéndose a ella, le dice: «No llores» (Lc 7,13). ¿Cómo es posible pedir algo así? Es casi una crueldad; o quizás expresa la confianza del que sabe que puede. El Señor se acerca al ataúd y lo toca. Ordena al muerto que se despierte. El muerto obedece. El chico se incorpora y empieza a hablar. Cautivados, con razón, por la impresionante secuencia y eficacia de las acciones de Cristo, pasamos por alto su último gesto que, en realidad, es la corona y el orgullo de la página evangélica: «se lo entregó a su madre» (Lc 7,15). Todo apunta a esta devolución, como si Cristo se sintiera en deuda con la mujer. La devolución es la culminación de las otras escenas evangélicas de resurrección: la hija de Jairo es devuelta a sus padres (Mc 5,21-43), Lázaro es devuelto a sus hermanas (Jn 11,1-44). Lo mismo ocurre en los Hechos de los Apóstoles: Tabita, resucitada por Pedro, es devuelta a la comunidad de Jaffa (Hch 9,36-42); del mismo modo, Pablo entrega a sus amigos a un muchacho devuelto a la vida (Hch 20,7-12). En estos relatos, el consuelo adopta la forma de devolución; es cierto que todavía provisional, una especie de anticipo de la devolución definitiva que vendrá. Se nos devolverá quian y cuanto creíamos perdido, cuanto perdimos, cuanto nos fue quitado, cuanto tiramos, cuanto creíamos que nunca nos fue dado. Se nos devolverá el cuerpo, la tierra, las cosas, a los demás, los lugares y los tiempos, todo lo que ha encendido, animado, hecho sensible nuestra alma y nuestro cuerpo únicos. Dios asume como «compromiso» la devolución de lo que nos ha dado en «prenda». ¿Cómo? ¿Cuándo? No se sabe. Pero sin duda cumplirá su compromiso. El poder que tiene Cristo de devolvernos todo y

a todos es la raíz de la esperanza cristiana, un árbol siempre verde, incluso en medio del invierno y en tierra árida. El mundo no es un préstamo que se nos retirará en el momento más hermoso, sino el aperitivo que prepara el paladar para un banquete nupcial.

Si es así, la esperanza es el criterio para juzgar la calidad verdaderamente cristiana de la fe y la caridad. ¿Cuánta esperanza enciende mi fe en mí y en los demás? ¿Es fe si no produce esperanza? ¿Se cree realmente si se actúa con esperanza? ¿Cuánta esperanza suscita en mí y en los demás mi caridad? ¿Es caridad si es desesperación?

La Iglesia de siempre, y la Iglesia hoy especialmente, necesita jóvenes, hombres y mujeres llenos de esperanza. Gente capaz de ver en la cizaña el alimento que cuece el pan en el fuego, ese hecho del trigo que creció con la misma cizaña (cf. Mt 13,36-46). La Iglesia necesita jóvenes, hombres y mujeres palpitantes de esperanza, que no proclamen a un Dios desesperado. Es una blasfemia contra el Espíritu Santo anunciar un Dios sin esperanza; también porque los sacramentos mismos son signos eficaces de la esperanza inquebrantable de Cristo. Según la *Gaudium et spes*, la alegría, la esperanza de todo ser humano y la esperanza cristiana se relacionan entre sí como la sístole y la diástole del corazón, como su ritmo vital que se contrae y se expande, tan amplio como toda la tierra, tan íntimo como la sala del templo de Isaías y la celebración eucarística. Un corazón no vive ni de sístole únicamente ni de diástole. Cristo es el Señor de los corazones.

2. Tristeza y cercanía

Siendo «católica», la mirada sobre las emociones se dirige también a la «tristeza y angustia» de toda la familia humana y de los discípulos de Cristo. Junto con la alegría, la tristeza es la segunda fuente de todos los matices emocionales. La primera infunde fuerza, energía, valor para decidir; la segunda debilita, agota el cuerpo y el alma, extingue todo deseo. Tarde o temprano, de un modo u otro, la elección de actuar injustamente entristece; o bien obliga a seguir cometiendo injusticias, en un intento de acallar la voz de la propia tristeza. Tarde o temprano, sin embargo,

tancia materna funciona alternando la alimentación y el ayuno, el contacto estrecho y el distanciamiento, y no satura sino que prepara lentamente para la separación típica del destete. En el preciso momento de su efecto, mientras consuela a un bebé que llora y grita y se siente abandonado, inicia un proceso de separación. En definitiva, inicia un proceso de distanciamiento en el acto mismo de consolar; como si el distanciamiento no fuera solo la razón de consolar, sino también su condición y realización.

Esta dinámica se estremera en el primer anuncio de Cristo acerca de la presencia de Dios en el mundo: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos» (Mt 4,17). Es decir, Dios está «cerca». Exactamente igual que una madre que no permanece siempre con su bebé, sino que, acostándolo después de alimentarlo, lo acostumbra poco a poco a estar solo, entrenándolo para el destete. Permanece cerca (¿en la cocina? ¿en otra habitación?), preparada para la llamada del bebé. No obstante, él la percibe como ausente y considera interminable el momento entre el llanto, las lágrimas y la llegada de la madre. Gritando y llorando, el niño sufre su abandono. Sin embargo, cuando se sienta «amparado» porque su madre está cerca, se sentirá «alentado» por ello, logrando así poder permanecer en soledad. En definitiva, a los ojos de Cristo, Dios no se comporta como un padre ansioso al que el hijo consigue mantener a su lado, cual garante de una plenitud continua y total, sino que, como una madre segura de su amor, permanece cerca; no satura el sentimiento de carencia, si acaso, lo enciende y permite que se habite. Además, ni siquiera la Tierra Prometida era una pradera interminable, sino un desierto salpicado aquí y allá de oasis, atravesado por el Jordán, un río estrecho no siempre crecido, que desembocaba en un lago salado, carente de vida.

Si los discípulos de Cristo no se sintieran parte de toda la familia humana incluso a través de su tristeza y angustia, perderían el cuidado con el que Dios educa, permaneciendo *cerca*, consolando y amamantando como una madre; no captarían la gloria de Dios que también habita en la tristeza y la angustia. Y no solo eso: al alejarse de las preguntas que plantean la tristeza, las pérdidas y los fracasos, correrían el riesgo de no reconocer ni a Cristo ni a sus hermanos. En efecto, ante el misterio de Cristo, es

incluso trivial decir que él, siendo verdad, es la respuesta a nuestras preguntas. De hecho, el Salvador del mundo no se limita a responder, sino que él mismo formula preguntas. No a la manera del profesor odioso, deseoso de interrogar a sus alumnos, disfrutando tal vez de sus errores, sino como quien abre su corazón, revelando lo que vibra en él, como una «exposición del Santísimo». A diferencia de los problemas que, tarde o temprano, siempre encuentran una solución, las preguntas exigen concentrarse en ellas, pues no dejan indiferente. Son muy peligrosas: quienes las preguntan se vuelven dependientes de quienes las responden, y quienes las escuchan se sienten alterados. El Señor hace una de las preguntas más comprometidas: «¿Quién dice la gente que soy yo?», «y vosotros, ¿quién decís que soy?» (cf. Mc 8,27-30). Probablemente nos daría mucho miedo expresarnos así, incluso a la persona que más queremos, porque no sabemos a ciencia cierta cómo va a responder. Jesús afirma que él es «Yo soy el camino y la verdad y la vida» (Jn 14,6) y al mismo tiempo pregunta: «y vosotros, ¿quién decís que soy?» (cf. Mc 8,29), «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6,67), «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34), «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?» (Jn 21,15), «¿Me quieres?» (Jn 21,17). Anular sus preguntas de la verdad que es Jesús, esas preguntas que vinculan al Hijo de Dios con todo hijo nacido de una mujer, es convertirlo en un recetario de respuestas puntillosas a preguntas que quizá ya nadie se hace. ¡Si tuviéramos el valor de hacernos las mismas preguntas de Cristo, de sentir el peso, la inquietud, el riesgo y el dolor! Nos sentiríamos verdaderamente hermanos y hermanas de todos; no nos avergonzaríamos de nadie, al igual que él no se avergüenza de nosotros. ¿Es mi alma una estantería de respuestas, o todavía tiembla ante la voz de alguna pregunta? ¿Cuál? Un método eficaz para silenciar las preguntas es multiplicar los problemas: uno permanece dinámico, activo, pero alejado de la vida.

La *Gaudium et spes* habla de gozo, esperanza, tristeza y angustia de los hombres de nuestro tiempo». La acedia es una de las tentaciones más peligrosas a las que se ven sometidos los cristianos (y no solo ellos). ¿De qué se trata? Es el deseo de vivir en un tiempo o en un lugar distinto de aquel en el que uno está llamado

a estar. Cuando es invierno, el apático se queja del frío, anhelando el verano; cuando es en verano lamenta el frescor del invierno. Cuando está en la ciudad, añora la tranquilidad del campo; cuando está en el campo, espera las comodidades urbanas. Cuando está trabajando, le gustaría descansar; cuando está de vacaciones, se aburre y añora volver al trabajo. Cuando está con ciertas personas, le resultan insoportables; cuando está con otras, echa de menos a las primeras. En resumen, para los apáticos, lo verdadero, lo bello y lo bueno están siempre en otra parte, o en otro tiempo. Esto, por supuesto, también se aplica a Dios: que solo actuó en el pasado; que solo actuará en el futuro y; en cualquier caso, no actúa ni aquí y ni ahora. Para los apáticos, el «aquí y ahora» del mundo, de la sociedad, de la cultura, de la Iglesia, carece de sentido; por eso se refugian en el pasado o se proyectan en el futuro. La constitución *Gaudium et spes* declara el amor por la familia humana, porque el mundo en el que vislumbrar la gloria de Dios es este, con su mezquindad y su esplendor, su hambre y su sed de justicia y su voracidad desbordante. Habitar en el mundo actual, en la Iglesia de ahora, significa creer en el cumplimiento de la promesa del Resucitado: «yo estoy con vosotros todos los días» (Mt 28,20). Sí, en los días soleados, en los lluviosos e incluso en los que el cielo que oculta el sol y no regala lluvia. Los sábados llenos de expectación, los domingos de plenitud, los lunes y martes agotadores, los viernes con misterios dolorosos, los miércoles y jueves que nos encuentran en medio del cruce. En los días victoriosos, donde el alma se expande en santidad, y en aquellos donde se encuentra marchita por los pecados. En los días en los que se toca la gloria de Dios y en los que está «en la cercanía», pero no se le ve. «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días». ¿No nos damos cuenta?

III. EL PARTO, LA OBRA Y LA GUERRA

1. Un mundo creado

En pocas líneas, el número 2 de la *Gaudium et spes* expone la visión que la Iglesia tiene del mundo, lleno de la gloria de

Dios. En primer lugar, el mundo está «creado». ¿Cómo? ¿Cuándo? No lo sabemos. Por lo demás, no sabemos nada de nuestro nacimiento, de nuestros primeros meses de vida, de nuestros primeros años. La conciencia de que venimos al mundo nos llega mucho después de haber nacido. Ni siquiera sabríamos el día de nuestro cumpleaños, ni nuestro nombre, ni siquiera la identidad de nuestros padres, si no nos lo hubieran dicho otras personas. Sabemos quiénes somos, de quién venimos, dónde y cuándo nacimos porque nuestros padres, o quien sea, nos lo dijeron. Nos creímos (y aún lo hacemos) lo que nos contaron. Si no nos hubieran parecido dignos de confianza, no nos habríamos rendido a sus palabras; si no hubiéramos tenido el valor de confiar en ellos, habrían prevalecido la duda y la sospecha, no sabríamos quiénes somos, de dónde venimos, y nos veríamos obligados a ponernos un nombre nosotros mismos. No debemos temer al desconocimiento del origen del universo, pues nuestro propio nacimiento está envuelto en el misterio y solo el relato de otros puede arrojar luz sobre él. Una cosa es cierta: por el hecho de desconocer el origen del universo no deducimos que surgiera por casualidad o que siempre haya existido; del mismo modo que yo no puedo deducir que yo surgiera por casualidad o que siempre haya existido por el hecho de no haber sido testigo de mi propio origen. Los cristianos consideran fiable la larga narración del Espíritu Santo a través de la historia de Israel y especialmente a través de la vida terrenal del Hijo de Dios, Jesucristo, el Salvador del mundo; una narración custodiada en las Sagradas Escrituras y transmitida de una generación de la Iglesia a la siguiente. Ese cuento nos dice que el poderoso amor de Dios creó todo y todo lleva la huella de su belleza. Como un artista celoso de su obra, el Creador atesora su obra maestra y la repara donde está estropeada.

Sobre este conmovedor empuje bíblico, con los ojos bien abiertos gracias a la astronomía contemporánea (y a toda la investigación científica), podríamos decir: si realmente existe alguien capaz de crear nuestra galaxia, a lo largo y ancho, hace decenas de años luz, formada por miles de millones de estrellas; si existe alguien que modela, remodela y enciende los astros, coagulando nebulosas de formas y colores impresionantes; alguien que nos encandila dando forma a miles de millones de

galaxias hasta donde alcanza la vista; aquel que nos impulsa a descubrir energías y materias oscuras, fuerzas y formas que apenas hemos intuido, pero de las que aún no sabemos nada; si realmente alguien así, ¿no sabrá también cómo sorprendernos con su capacidad inimaginable, impredecible e insospechada, de consolar y salvar?

Quién sabe cuánto podrá consolar y salvar aquel que ha sido capaz de crear las margaritas, las golondrinas, los delfines, los perritos, los cerezos, los cuarzos, las nubes y todo cuanto es necesario para crear las margaritas, las golondrinas, los delfines... A la misma conclusión llegó el afligido Job, después de que Dios le mostrara toda la creación: «Reconozco que lo puedes todo, que ningún proyecto te resulta imposible» (Job 42,2), ni siquiera el de consolar a un hombre deshecho por la pérdida y el dolor. Si Dios tuviera el poder de crear a partir del caos, sin duda tendría reservada una inventiva inimaginable e insospechada de soluciones, incluso para consolar el dolor de esas separaciones que se denominarían definitivas, incluso para salvarnos de la muerte. El mundo creado es el «teatro de la historia humana» (GS 2): hay espectáculos de danza, donde todo el cuerpo de baile se mueve armoniosamente, pero también tragedias sangrientas. En el escenario del mundo hay conciertos maravillosos: diferentes instrumentos musicales componen una única orquesta, una única y conmovedora sinfonía. Pero también se oyen los gritos estridentes de la injusticia y la violencia, el chirrido del hambre de muchos y la indigestión de pocos, la marcha fúnebre de cada muerte. De las manos del generoso Creador había surgido un jardín de impresionante belleza. Había sitio y comida para todos, pero de un modo u otro, unos más, otros menos, nos comportábamos como aguafiestas, incapaces de jugar y divertirnos, porque ansiábamos ganar siempre y a toda costa trofeos sin alegría, solo aptos para decorar tumbas. El telón de este doloroso y triste espectáculo se estaba cerrando para siempre, cuando Dios lo reabrió inesperadamente, enviando a su Hijo eterno a escena, como protagonista del mundo nuevo, donde nadie quiera estropear el festín preparado, donde se creará que hay sitio y comida abundante para todos, donde toda lágrima será secada, porque la injusticia y la muerte serán expulsadas de la escena.

2. En el escenario del mundo

Sin embargo, dos mil años después de la llegada del Hijo de Dios manifestado en carne, parece que la escena es siempre la misma y el espectáculo representado invariable. De ahí que, con el paso de las épocas, se haya debilitado la esperanza de que adopte formas y modalidades diferentes. No obstante, el número 2 de la *Gaudium et spes* nos invita a ver el destello de la esperanza precisamente en los nubarrones de los dolores y las injusticias del mundo. Esto refleja la mirada que, a pesar de todo, el Nuevo Testamento mantiene sobre el mundo y la historia. Hay al menos tres imágenes a las que recurren las Sagradas Escrituras: el parto, la obra, la guerra.

La primera imagen la ofrece el propio Jesús, cerca de su muerte injusta y violenta (Jn 16,21-23). Compara la aflicción de los discípulos —causa de desesperación— con los dolores producidos durante el parto de una mujer: es una escena desgarradora y aterradora tanto para la mujer como para quienes la presenciaban. Sin embargo, no es una agonía en vano, pues se verá colmada con el nacimiento de un hijo. En su Carta a los Romanos, san Pablo tiene la misma visión, o más bien la extiende a toda la creación, a toda la historia, describiéndola como una mujer que «está gimiendo y sufre dolores de parto» (Rom 8,22-23), mientras espera que los hijos de Dios se revelen como tales, es decir, libres de temor, ya que por fin son capaces de reconocer la fiabilidad, la fidelidad y el poder de Dios. Solo así dejarán de sentirse huérfanos y abandonados y rechazarán toda injusticia. Esto último, de hecho, no es más que la torpe respuesta al terror infiltrado por el Tentador en nuestros corazones desde el principio: el que nos trajo al mundo nos abandona o, en el mejor de los casos, es incapaz de protegernos. A los ojos de san Pablo, la tierra, la historia, fecundada por la presencia de los cristianos, está dando a luz hijos e hijas de Dios... con todos los dolores típicos del parto. En cualquier caso, durante el alumbramiento, la mujer necesita ayuda. ¿Prefieres recurrir a la desesperación para excusar tu apatía, o remangarte y ayudar a los que claman de dolor?

La segunda imagen es la de la obra. El Señor Jesús lo utiliza para indicar su pasión y su victoria (Mc 12,10-11). Según el

plan del Creador, el mundo es una enorme obra en construcción que debe completarse en la casa común, capaz de preservar y promover la vida. Todos, de un modo u otro, trabajan: los que se construyen refugios, reinos y palacios, guaridas, fortalezas impenetrables... Incluso los que construyeron la torre de Babel estaban convencidos de que construían algo bueno... Jesús habla de sí mismo como de la piedra que desecharon los arquitectos, por considerarla demasiado frágil e inadecuada para la construcción del mundo. En efecto, el evangelio de Cristo es demasiado ingenuo y débil a los ojos de muchos: amad a nuestros enemigos, haced el bien a los que nos odian, perdonad, compartid el vestido y el pan con los que carecen de él, visitad a los enfermos y a los encarcelados, creed que el Padre no hará que falte el pan de cada día, creed que la muerte no es la última palabra sobre la existencia, pues el Padre, fiel y poderoso, restaurará todo y a todos... Pues bien, esa misma piedra desechada por los arquitectos, el Padre la ha elegido como la más idónea para sostener todo el escenario teatral del mundo. Sea como fuere, el mundo sigue siendo una obra en construcción, donde los cristianos edifican teniendo a Cristo como piedra angular: solo apoyándose en él, el edificio crece sólido, seguro, bello, capaz de garantizar un lugar para todos y para siempre (Ef 2,19-22). Pero una obra es un entorno complicado: un montón de materiales diferentes y desordenados. Paradójicamente, para levantar la casa, se empieza cavando; se acumulan escombros y desechos. Es un lugar agotador y muy peligroso: en una obra, te quedas sin fuerzas, puedes lesionarte o incluso morir. Es más, durante mucho tiempo, una obra no se parece en nada a una casa; no se percibe su forma ni su diseño; por lo tanto, desanima como si fuera un esfuerzo inútil. Pues bien, la Iglesia cree que el proyecto está ahí, podemos verlo, a pesar de todo; merece nuestra esperanza y nuestro compromiso, para que la casa llegue al tejado. Amparándote en la excusa del cansancio y de la incompleción, ¿preferirías construirte una guarida, un palacio para ti solo, o por el contrario no mover un dedo? Tu esperanza se verá por tu sudor, tu coraje y tu perspicacia.

La tercera imagen es aún más dramática y ocupa gran parte del último libro de las Sagradas Escrituras: el Apocalipsis. En ese texto, escenas llenas de paz se alternan con enfrentamien-

tos a la muerte. Las batallas se libran en varios frentes: militar, económico, religioso y político. De hecho, los cuatro frentes se mezclan y camuflan entre sí, dando origen a extraños monstruos asesinos (cf. Ap 12-13; 17,8-18). «¿Hasta cuándo?» (Ap 6,10): es el grito de lamento de los que no ven fin a tanto sufrimiento. El Señor pide resistencia, porque la guerra ya la ha ganado él, que se consideraba derrotado. Sin embargo, la resistencia de la esperanza es necesaria, porque la guerra está ganada, pero aún no todas las batallas: la angustia, el dolor, las lágrimas, el luto serán suprimidos, pero no ahora (cf. Ap 19-21). Con la excusa del peligro y el miedo, ¿quieres desertar? ¿O tienes sentido común y te juegas tu única vida con quien ha ganado y ganará?

IV. LUZ Y HOGAR

1. **Edificar la sociedad humana**

Sintiéndose solidaria con el mundo entero y por amor a toda la familia humana, la Iglesia quiere contribuir a la «salvación del hombre» (de cada hombre y cada mujer), a la «edificación» de la sociedad humana (GS 3). ¿Cómo? Gracias a la «luz del evangelio» (GS 3). Otro documento del Concilio Vaticano II, la *Lumen gentium*, llama a Cristo «luz de las gentes» (LG 1). En efecto, ¿qué es la luz que irradia el Evangelio sino Cristo? Él mismo habló de sí mismo como «la luz del mundo» (Jn 9,5); por tanto, al traer a Cristo al mundo, los cristianos honran el derecho del propio mundo a recibir la luz que merece, puesto que Cristo ya es suyo, le pertenece, al igual que el mundo (cada corazón, cada piedra, cada hoja, cada animal, cada estrella...) le pertenece a él. Si los cristianos, la Iglesia, el mundo comprendieran el misterio poderoso, generoso, mítico de la luz, ¡cuántos milagros aparecerían por doquier! ¿Qué quería decir Cristo de sí mismo al llamarse «la luz»? La luz permite que aparezcan todas las formas y todos los colores, porque nunca se muestra a sí misma. Porque lo que llamamos luz no es la luz, sino su reflejo en las cosas y en la atmósfera. La luz permanece invisible, llena de generosa y desinteresada modestia. Se deleita mostrando el mundo, por ello

está dispuesta a salirse del campo de visión. En esto se diferencia totalmente del protagonismo de la oscuridad: allí donde llega, ocupa todo el espacio, todo el lugar, impidiendo la manifestación de cualquier forma y color. Si el mundo comprendiera que Cristo es su luz, entendería que es su mejor amigo, dispuesto a todo para salvar y preservar su belleza. Si los cristianos, la Iglesia, creyeran que Cristo es la luz, se convertirían verdaderamente en servidores del mundo salido de las manos de Dios, ese mundo, a pesar de todo, tan estimado por el Creador, como para sacrificar a su propio Hijo, con tal de no perderlo.

La Iglesia sabe muy bien que allí donde llega la luz del Evangelio, allí se «edifica» la sociedad humana. ¿Qué significa «edificar la sociedad»? Transformar toda la humanidad en un «hogar». Pero ¿qué es un hogar? En la casa de nuestros orígenes, donde aprendimos a caminar. Los primeros pasos llegan pronto —al año, al año y medio de vida—, pero son el resultado de un proceso intenso y complejo. Comienza activando el sentimiento de confianza. Para el adulto se da por sentado que mañana saldrá el sol, caminando paso a paso el suelo seguirá sosteniendo el cuerpo y no se hundirá bajo los pies. Se espera que estas cosas ocurran porque son fiables. Para el recién nacido no es así; su confianza se alimenta de experiencias que repetidamente le demuestran la existencia de personas y cosas dignas de confianza: como la madre que llega cada vez que llora, cuando una y otra vez encuentra los juguetes en su sitio, incluso por la noche; o el suelo que exhibe su solidez palmo a palmo cuando el pequeño, gateando, lo toca, lo pone a prueba. Si, cuando la llama, la madre llega, el bebé se acostumbra a su llegada y la considera «de confianza»: puede esperársela porque es fiable. Después de haber medido el suelo de la casa a cuatro patas quién sabe cuántas veces, el bebé incorpora como fiable la resistencia del suelo, su capacidad para sostenerle cuando se queda quieto o se mueve. Tras haber adquirido confianza en los objetos —los juguetes, el suelo, las cosas de la casa—, el bebé, aferrándose a un soporte, se pone de pie. Esta posición ya es un milagro y es exclusiva del hombre. Gracias a ella, se contempla la realidad desde una perspectiva única y se liberan las manos de la fatiga de caminar, introduciéndolas en el mundo de las emociones y la cultura. Sin

estar de pie, no podríamos acariciar, escribir, cocinar, construir una mesa, contar con los dedos, curar, echar una mano... Nos hicimos hombres y mujeres porque, al confiar en nuestros pies y en la tierra que los sostiene, liberamos nuestras manos. Estar de pie es una condición necesaria para caminar, pero no suficiente. De hecho, en esa posición se puede permanecer inmóvil. El niño que se levanta agarrado a las patas de la mesa o a una esquina del sofá, se cae al primer intento de dar un paso solo. Y lo mismo con el segundo, el tercero... Para dar sus primeros pasos, erguido, tiene que apoyarse firmemente en el suelo y levantar las manos hacia arriba, para que, al cogerlas, su padre y su madre le mantengan en equilibrio y le animen. Es una de las escenas más conmovedoras de la vida: un hombre o una mujer que, con las manos en las manos de su hijo, le permiten caminar, caminando a su vez. Es un gesto tan intenso que Dios mismo se lo apropia para hablar de sí: enseñé a andar a Efraín, llevándole de la mano (Os 11,3). Empezamos a andar, a caminar juntos, con los pies en el suelo, los brazos y las manos en alto, como rezando, pidiendo ayuda, estirando el cuerpo como la escalera de Jacob, tendida entre el mundo y Dios. El niño empieza a andar no acurrucándose o plegándose, sino extendiendo toda su estatura, dejando que sus manos se agarren a la alta estatura de papá y de mamá.

En resumen, la casa de nuestros orígenes fue nuestro primer mundo, el lugar donde las personas y las cosas nos parecían dignas de la confianza, libres de todo miedo, el alimento favorito de la injusticia y el mal. La casa de nuestros orígenes, nuestro primer mundo, nos proporcionó el punto de partida para salir a un mundo más amplio: la calle, el campo, la ciudad, la gente, el universo entero. Nos prometió que también allí encontraríamos cosas y personas fiables, capaces de liberarnos del miedo. Nunca habríamos salido de casa si no nos hubiera prometido que encontraríamos un hogar más grande en el mundo. «Construir la sociedad humana» significa transformarla en un hogar, es decir: un entorno capaz de cumplir las promesas que el hogar de origen hizo a cada uno, invitándonos a salir al mundo. ¿Se ha cumplido esa promesa o ha sido traicionada por quienes he conocido? Al acercarme a los demás, ¿he cumplido esa promesa o la he traicionado, generando hombres y mujeres temerosos e incapaces de confiar?

2. Entre economía y ecología

El nombre de dos dimensiones significativas de la sociedad humana contiene la palabra hogar: economía y ecología. De hecho, ambas derivan de la palabra griega *oikos* («eco-») que significa «hogar». La palabra «economía» se compone de *oikos* y otra palabra griega, *nomos*, que significa «norma», «regla», «ley». Por lo tanto, economía significa «norma de la casa». La economía es el conjunto de normas que deben observarse para el buen funcionamiento de un hogar. El ecónomo es quien conoce estas normas y las pone en práctica. «Económico» es lo que favorece el buen funcionamiento de la vida doméstica. Por «economía» se entiende la contabilidad de una familia, el balance de una empresa, así como la administración de una nación y del mundo entero. Tanto es así que se habla de economía doméstica, empresarial, nacional y mundial, casi deseando que una empresa, un país y el mundo entero funcionen como un hogar. Pero quizá la palabra «economía» incluya otro sentido, no solo referido a las normas necesarias para la buena gestión del hogar, sino indicando en el propio hogar la norma y el criterio de actuación; es decir, «la casa es la norma». Si una acción «edifica», esto es, construye la casa, es correcta. De lo contrario está fuera de la norma, es inmoral. Una acción poco edificante es la que deshonra la promesa inscrita en la experiencia del hogar de origen, la experiencia que activó el sentimiento de confianza, de fiabilidad y de seguridad, librándonos del miedo. Donde se activa la confianza, allí se construye el hogar. Donde se activa el miedo, allí se derriba.

La palabra «ecología» —formada por los términos griegos *oikos* y *logos* («palabra», «discurso») — reúne todos los conocimientos y actitudes necesarios para conocer y respetar el medio ambiente; el hogar de la familia humana. Al igual que nadie destruiría su propia casa, todo el mundo debería contribuir al mantenimiento adecuado del ecosistema mundial. Sin embargo, un hogar no consiste únicamente en la estructura arquitectónica (una habitación de hotel no es un hogar), sino que está formado por las relaciones y las emociones que transforman un espacio geométrico en el lugar de nuestra alma. Si la ecología se redujera a los conocimientos y técnicas para proteger el medio ambiente,

perdería la compleja riqueza de la experiencia doméstica: mantendría el tejado, las paredes, las ventanas y puertas, los sistemas eléctricos y de fontanería, pero no custodiaría la casa, pues es mucho más que sus instalaciones. La propia palabra lo afirma. De hecho, el vocablo griego *lógos* no solo significa «ciencia», «conocimiento», «saber», sino también «vínculo», «relación». Por tanto, todo lo que salvaguarda los vínculos y emociones propios de un hogar es «eco-lógico». En consecuencia, la injusticia y la infidelidad (afectiva, profesional, económica, política, social) son lo más antiecológico que existe, ya que deshonoran y destruyen el propio hogar que deben salvaguardar. Es lo que ha recordado con firmeza el papa Francisco en la encíclica *Laudato si'*: la casa común se construye y se custodia respetando el lugar que habita toda la familia humana y promoviendo vínculos justos; si no se promueve la justicia en las relaciones entre las personas y los pueblos, la casa del mundo se derrumba.

Es lo que dicen, con simpatía y convicción, los primeros números de la *Gaudium et spes*: allí donde la luz de Cristo llegue a la vida cotidiana (de estos días), el mundo comenzará a ser el lugar donde se cumplirán las promesas y ya nadie tendrá miedo de ser traicionado. Así se aligerará la espera del día en que el Señor, de cuya gloria está llena la tierra, enjugará las lágrimas de todos los rostros (Ap 21,4).